

REPUBLICA DE CHILE



SESIONES DEL CONGRESO NACIONAL

PUBLICACION OFICIAL.

**Sesión Conjunta del Senado y de la Cámara de
Diputados, en viernes 14 de abril de 1972.**

(De 19.40 a 20.24).

*PRESIDENCIA DEL SEÑOR PATRICIO AYLWIN AZOCAR, PRESIDENTE
DEL SENADO.*

SECRETARIO, EL SEÑOR PELAGIO FIGUEROA TORO.

INDICE.

Versión taquígráfica.

	<u>Pág.</u>
I. ASISTENCIA	2
II. APERTURA DE LA SESION	3
III. RECEPCION DE DELEGADOS A LA TERCERA CONFERENCIA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL COMERCIO Y DESARROLLO.	3

VERSION TAQUIGRAFICA.

I. ASISTENCIA.

Asistieron los Senadores señores:

—Aylwin Azócar, Patricio;
 —Baltra Cortés, Alberto;
 —Carmona Peralta, Juan de Dios;
 —Ferrando Keun, Ricardo;
 —Fuentealba Moena, Renán;
 —García Garzena, Víctor;
 —Gumucio Vives, Rafael Agustín;
 —Irureta Aburto, Narciso;
 —Jerez Horta, Alberto;
 —Juliet Gómez, Raúl;
 —Lorca Valencia, Alfredo;
 —Moreno Rojas, Rafael;
 —Oiguín Zapata, Osvaldo;
 —Pablo Elorza, Tomás;
 —Reyes Vicuña, Tomás;
 —Rodríguez Arenas, Aniceto;
 —Silva Ulloa, Ramón;
 —Sule Candia, Anselmo, y
 —Valenzuela Sáez, Ricardo.

Y los Diputados señores:

—Acuña Méndez, Agustín;
 —Aguilera Báez, Luis;
 —Agurto Fernando, Santiago;
 —Alessandri de Calvo, Silvia;
 —Ailende Gossens, Laura;
 —Argandoña Cortés, Juan;
 —Arneño Romo, Mario;
 —Aylwin Azócar, Andrés;
 —Barahona Ceballos, Mario;
 —Barrionuevo Barrionuevo, Raúl;
 —Carrasco Muñoz, Baldemar;
 —Cerdeña García, Eduardo;
 —Clavel Amián, Eduardo;
 —Concha Barañao, Jaime;
 —Del Fierro Demartini, Orlando;
 —Diez Urzúa, Sergio;
 —Frei Boívar, Arturo;
 —Frias Morán, Engelberto;
 —Fuentealba Caamaño, Clemente;
 —Fuentes Venegas, César;
 —González Jaksic, Carlos;

—Guerra Cofré, Bernardino;
 —Ibáñez Vergara, Jorge;
 —Irribarra de la Torre, Tomás;
 —Koenig Carrillo, Eduardo;
 —Lavandero Illanes, Jorge;
 —Leighton Guzmán, Bernardo;
 —Lorenzini Gratwohl, Emilio;
 —Mercado Illanes, Julio;
 —Merino Jarpa, Sergio;
 —Monares Gómez, José;
 —Morales Abarzúa, Carlos;
 —Palestro Rojas, Mario;
 —Pareto González, Luis;
 —Pontigo Urrutia, Cipriano;
 —Ramírez Vergara, Gustavo;
 —Retamal Contreras, Blanca;
 —Riesco Zañartu, Germán;
 —Ruiz-Esquide Espinoza, Rufo;
 —Saavedra Cortés, Wilna;
 —Salinas Navarro, Anatolio;
 —Sanhueza Herbage, Fernando;
 —Santibáñez Ceardi, Jorge;
 —Schnake Silva, Erich;
 —Señoret Lapsiey, Rafael;
 —Sharpe Carte, Mario;
 —Silva Solar, Julio;
 —Sívori Alzérreca, Carlos;
 —Tagle Valdés, Manuel;
 —Toledo Obando, Pabla;
 —Torres Peralta, Mario;
 —Ureta Mackenna, Santiago;
 —Urza Veloso, Pedro, y
 —Valdés Rodríguez, Juan.

—Concurrieron, además, representantes de diversas delegaciones a la UNCTAD III.

—Toman colocación en la Mesa que preside la Sesión Conjunta, además del Presidente del Senado, señor Patricio Aylwin Azócar, el Presidente de la Cámara de Diputados, señor Fernando Sanhueza Herbage; el Secretario General de la Organización de las Naciones Unidas, señor Kurt Waldheim; el Secretario General de la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y Desarrollo, señor Manuel Pérez Guerrero; el Secretario del Senado; señor Pelagio Figueroa Toro, y

el Secretario de la Cámara de Diputados, señor Raúl Guerrero Guerrero.

II. APERTURA DE LA SESION.

—*Se abre la sesión a las 19.40, en presencia de 18 señores Senadores y 45 señores Diputados.*

El señor AYLWIN (Presidente del Senado de Chile).—En el nombre de Dios, se abre la sesión.

III.—RECEPCION DE DELEGADOS A LA TERCERA CONFERENCIA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL COMERCIO Y DESARROLLO.

El señor AYLWIN (Presidente del Senado de Chile).— Señor Secretario General de las Naciones Unidas, don Kurt Waldheim; distinguidos señores delegados; señores miembros del Cuerpo Diplomático; señores parlamentarios; señoras y señores:

El Congreso Nacional de Chile se reúne esta tarde para recibir a las Delegaciones que concurren a la Tercera Conferencia de Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, inaugurada ayer en nuestra ciudad.

En ciento sesenta años de vida siempre activa, la historia de este Parlamento, parte esencial de la Democracia chilena, se identifica con la historia de Chile independiente. Diputados y Senadores, elegidos por el voto libre, secreto y periódico del pueblo, legítimos personeros de todos sus sectores y corrientes de opinión, procuramos aquí interpretar racionalmente sus anhelos y lograr el consenso necesario para construir el bien común.

Seguros de representar a todos los chilenos, en la variada gama de su diversidad, que se integra y unifica en la común historia y el quehacer de Chile, os expresamos, señores Delegados, la más cordial bienvenida a nuestra tierra.

Esperamos que vuestra dedicación a las

serias responsabilidades de la UNCTAD no os impedirán conocer algo de nuestra “loca geografía” y de la franqueza cordial de nuestra gente.

Habéis llegado a este rincón del mundo, al que antiguas crónicas describían como “el lugar donde la tierra se acaba”, con justificada curiosidad sobre lo que aquí acontece. No estaría bien que rehuyéramos el tema en este recinto donde las decisiones políticas se convierten en ley y ante tan ilustre auditorio de dirigentes de casi todas las naciones, afanados en el desarrollo de los pueblos.

Con una población cercana a los diez millones de habitantes —de los cuales cuatro millones son menores de 15 años— y que crece a un ritmo superior al 2% anual, con una tasa de analfabetismo del 8% y un producto nacional bruto del orden de los 600 dólares per cápita, Chile pertenece al mundo de los países en desarrollo y participa de sus problemas, necesidades y aspiraciones.

En la dura lucha con una naturaleza tan bella y fecunda como difícil e irascible, nuestro pueblo ha ido forjando su carácter. Su historia ha sido un incesante “comenzar de nuevo”. Todo ello, más la impronta de su ancestro hispánico y americano, definieron los rasgos distintivos de su personalidad: despreocupación por el mañana, altivo sentimiento de independencia y libertad, fe en las instituciones jurídicas y en la ley como base de la convivencia colectiva, anhelo profundo de justicia y apertura al diálogo, respeto a las personas.

Dentro de estas modalidades, Chile no ha sido reacio en la incesante búsqueda de nuevos caminos para su desarrollo.

A poco de nacida la República, supo darse una estructura institucional que le aseguró su estabilidad política, sólo dos veces interrumpida desde entonces. De definido carácter presidencial e inspirado en el principio de la separación e independencia de los Poderes Públicos, dicho régimen ha requerido con el tiempo ser modernizado para adaptarse a las nuevas circuns-

tancias, lo que en parte ha sido hecho mediante sucesivas reformas, sin cambiar sus bases esenciales. Pero su raigambre ha ido afirmándose de modo progresivo en un creciente proceso de democratización que ha elevado el cuerpo electoral desde menos del 7,5% de la población del país en 1925, a cerca del 50% en nuestros días.

Abierto a todas las inquietudes, Chile fue de los primeros países que consagraron los derechos de los trabajadores, a través de una legislación laboral que ha ido enriqueciéndose con sucesivas conquistas de empleados, obreros y campesinos. Paralelamente, se han realizado importantes esfuerzos colectivos en educación, salud, vivienda y previsión social; pero a pesar de su ambición, están todavía lejos de satisfacer las necesidades de cultura, atención sanitaria, habitación y seguridad de todos los chilenos.

Monoproductores, no supimos en su hora aprovechar la prosperidad del salitre para diversificar nuestra economía. Luego empezamos a vivir del cobre, pero sólo en los últimos tres decenios paramos mientes en el significado de ese bien como patrimonio de Chile y en la necesidad de industrializarnos. Desde entonces hasta ahora, primero por la vía de la tributación, complementada luego por el control del comercio exterior del cobre, en seguida por la participación del Estado como socio en las empresas productoras, hasta llegar a la nacionalización total, por decisión soberana y unánime de los chilenos, hemos ido conquistando el control de Chile sobre la principal riqueza de su suelo. Simultáneamente, fue materializándose un programa progresivo de industrialización. Electricidad, acero, metalurgia, petróleo, remolacha, celulosa, petroquímica, industria electrónica y automotriz, son hitos significativos en este proceso.

Merece destacarse el hecho de que esta tarea fue cumplida mediante la concurrencia de los sectores público y privado. La mayoría de esas industrias son empresas estatales o mixtas, como al Estado perte-

necen en Chile —desde su creación— los ferrocarriles, la principal línea aérea, otras empresas de transportes y la red nacional de telecomunicaciones.

Pero la industrialización requiere, al mismo tiempo, que el pueblo disponga de elementos suficientes y tenga capacidad de consumo. Por eso acometimos, hace poco más de un lustro, la tarea de realizar una reforma agraria e incorporar plenamente a la vida nacional a todos los sectores hasta entonces marginados, tanto campesinos como suburbanos. Buscamos, por una parte, crear nuevas estructuras agrícolas en que los trabajadores de la tierra realicen su ancestral y justo anhelo de cultivar lo propio y, por otra, promover la organización social desde la base a fin de superar la debilidad de los individuos aislados y abrir cauces para hacer efectiva la participación del pueblo en todas las decisiones que le afectan.

Sea porque estos empeños no han alcanzado a producir sus frutos, sea porque las tendencias propias de la sociedad de consumo se han anticipado al desarrollo de nuestra capacidad productiva, o por ambas causas a la vez y muchas otras, entre ellas las comunes a todos los pueblos en vías de desarrollo, que vosotros, señores Delegados, analizaréis en vuestra Conferencia, lo cierto es que Chile no ha podido, a pesar de todo, derrotar su ya crónica inflación, ni superar de manera continuada su bajo índice de crecimiento económico.

Se explica así que el pueblo, una vez más, haya buscado nuevos rumbos para la consecución de sus anhelos. Y aunque la expresión de su voluntad no alcanzó la mayoría necesaria para conformar una decisión constitucional, este Congreso Nacional la hizo suya y en esta misma Sala, en ejercicio de sus atribuciones, eligió Presidente de Chile al actual Mandatario, sobre la base de un compromiso democrático solemnemente formalizado en una enmienda a la Constitución Política.

Habréis podido advertir, en vuestras ho-

ras de permanencia en Chile, encontradas opiniones sobre la situación que vive el país. Llevamos en la sangre el hábito imborrable de decir en alta voz lo que pensamos, garantizado como derecho inherente a la persona. Así surge y se desarrolla, desde las bases mismas del pueblo, el diálogo democrático que culmina en este Parlamento.

No es la ocasión de renovar este debate; pero es bueno que sepáis, señores Delegados, que el problema político que divide en esta hora a los chilenos, no es, como erróneamente pudiera desprenderse de alguna publicidad, el del resguardo de la soberanía nacional frente a intromisiones o presiones imperialistas. En esta materia, Chile tiene una tradición histórica por todos compartida y nunca desmentida. De nuestro antepasado pueblo de Arauco, que por más de tres siglos resistió la conquista y del cual dijo el propio capitán conquistador al cantar su epopeya "que no ha sido por rey jamás regido, ni a extraño dominio sometido", heredamos un extremado celo en defender nuestra independencia y dignidad nacional.

Consecuentes con nuestra fe en la libre determinación de los pueblos, siempre hemos respetado y hecho respetar el principio de no intervención de unos países en los asuntos internos de los otros. Aunque pequeño, amante de la paz y consciente de sus deberes como miembro de la comunidad internacional, Chile no ha aceptado nunca, bajo ningún Gobierno, ni aceptará jamás, ningún tipo de intromisión foránea, venga de donde venga.

Tampoco reside el problema en la conservación o cambio de estructuras económicas de privilegio para los intereses oligárquicos o monopólicos del gran capital. La verdad es que la enorme mayoría de los chilenos, auténticamente representados en este Parlamento, queremos y buscamos la sustitución del régimen capitalista por una nueva sociedad en la que el poder lo ejerzan realmente las mayorías,

a través de la participación efectiva de los trabajadores.

El problema político fundamental que está conmoviendo a Chile es el de si los cambios de estructuras para construir la nueva sociedad, han de hacerse o no por las vías democráticas, sin sacrificar la libertad de las personas y dentro del marco de la Constitución y las leyes, o se harán por la violencia, la arbitrariedad o la imposición totalitaria. Si lo que se busca es un estatismo burocrático al servicio de afanes de poder, o la real participación de los trabajadores a través de sus auténticas organizaciones.

Como podéis ver, señores Delegados, se trata —en suma— del eterno problema de si el pueblo, para alcanzar la justicia, debe o no sacrificar la libertad de gobernarse por sí mismo. Frente a tendencias que menosprecian a la libertad como "abstracción" y al derecho como "superestructura", postulando en su reemplazo el poder sin contrapeso de unos pocos, en nombre de todos, como paradójico camino de liberación, la mayoría de los chilenos reclama la fiel observancia del estatuto democrático que regula el ejercicio del poder y radica en el pueblo la soberanía.

Y mientras nosotros dilucidamos esta ardua cuestión, vosotros nos honraréis realizando en nuestra patria el foro mundial más grande de la historia, para examinar un problema análogo: el de la "justicia social internacional".

También se trata de saber si las naciones débiles deben someterse, para alcanzar el desarrollo, al dictado de potencias dominantes, o si, por el contrario, han de lograrlo mediante el pleno ejercicio de su condición de pueblos libres.

La Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo representa, precisamente, el esfuerzo más serio de la Humanidad para conseguir la justicia en las relaciones económicas internacionales, no mediante la imposición de la voluntad

de unos y el sometimiento de los otros, sino sobre la base de la participación de todas las naciones, como sujetos libres e iguales.

No es mera casualidad que la misma cuestión se plantee en lo interno de los países y en las relaciones internacionales. Es un signo de que el Hombre ha llegado a su mayor edad y no admite que se le someta a potestad ajena. Es un signo de que el pueblo ya no quiere ni puede ser tratado como simple masa. Los pueblos son sujetos; las masas son objetos. El substrato esencial de todo pueblo son los hombres y mujeres, los seres humanos, las personas que lo forman. Hombres y pueblos, todos los hombres y todos los pueblos, tienen voluntad propia para decidir por sí mismos. La concepción del pueblo como "masa", así como la que lo reduce a mera "clase", lo despersonaliza y convierte en instrumento movido por ajenas voluntades.

La tendencia democrática del mundo contemporáneo trasciende las fronteras y busca concretarse en la participación generalizada como norma básica de convivencia entre hombres y naciones.

Es lo que afirma Teillard de Chardin cuando se pregunta: "¿No es, en verdad, esa necesidad y esa exigencia legítimas de *participación* en el asunto humano, lo que más profunda que toda reivindicación material, agita en este momento ciertas clases y ciertas razas dejadas hasta aquí fuera del juego?" Como él mismo se contesta, con este contenido de participación, los ideales revolucionarios del hombre adquieren otra dimensión: "Libertad, Igualdad, Fraternidad, no ya indeterminadas, amorfas e inertes, sino dirigidas, orientadas, dinamizadas por la aparición de un movimiento de fondo que las sostiene y las soporta." (*L'Avenir de l'homme*". Editions du Seuil, Paris 1960. fs. 312).

No otra es la ambiciosa tarea de Naciones Unidas: lograr la paz en esta tierra mediante la participación universal.

A la clásica y gastada "política de po-

der" como base de las relaciones internacionales, la Carta de las Naciones Unidas opuso la idea de un orden internacional basado en principios, escritos en el corazón de los hombres y de los que dan testimonio sus conciencias, compartidos por todos los pueblos como expresión de la razón. Y si bien reconoció el hecho real de las diferencias de poder entre los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad y las demás naciones, afirmó el principio de la igualdad soberana de todos los Estados, llamándolos a todos a participar en sus decisiones.

La experiencia histórica demuestra que la paz fundada en el equilibrio de poderes es tan inestable que fatalmente desemboca en la guerra. La única base duradera de la Paz es la Justicia. Por eso, la efectiva vigencia de los derechos humanos, el desarrollo de los pueblos, la descolonización y el desarme, han sido reconocidos por las Naciones Unidas como tareas fundamentales para asegurar la paz.

UNCTAD nació para colaborar en el cumplimiento de la segunda de esas tareas, fomentando y regulando el comercio internacional mediante la formulación de principios, la adopción de recomendaciones o directrices y la negociación de acuerdos por los países miembros de la organización. Se aspira a reemplazar la hegemonía de un imperio único, dos imperios compartidos o varias superpotencias que se entienden entre sí para imponer su ley al mundo, por un foro abierto en que todos participen y en el cual la franca confrontación de intereses y opiniones a la luz de la razón, abra el camino a decisiones colectivas.

Corresponde a UNCTAD el mérito de haber denunciado ante la faz del mundo los grandes escándalos del orden económico internacional imperante en nuestro tiempo. He aquí algunos:

—El escándalo del creciente deterioro del volumen y valor de las exportaciones de productos primarios de los países pobres, frente al progresivo aumento del volumen y valor de las exportaciones de ma-

nufacturadas provenientes de los países ricos.

—El escándalo de los obstáculos que los países ricos ponen al comercio de los productos primarios provenientes de los países pobres; de las restricciones, barreras y discriminaciones que entran el acceso de sus productos manufacturados o semimanufacturados y del funcionamiento práctico de la “cláusula de nación más favorecida” en contra del mundo en desarrollo.

—El escándalo de un sistema de financiamiento mundial que sirve básicamente al mundo desarrollado, pero cuyas modalidades de operación, especialmente en cuanto a plazos, intereses y ataduras de los créditos, no satisfacen las necesidades del desarrollo económico y social de los países pobres.

—El escándalo de un sistema monetario internacional manejado a espaldas del mundo por el “Club de los Diez” y que opera sobre la base de la solidaridad de los ricos.

—El escándalo de los sistemas imperantes en materia de transportes marítimos y seguros, cuyas condiciones las imponen a su antojo los países ricos y constituyen una grave sangría para los países pobres.

—El escándalo de la apropiación del saber por unos pocos países poderosos, que han convertido en fuente de lucro, a costa del resto de los pueblos, las conquistas científicas y tecnológicas de la inteligencia humana, las que por su naturaleza son patrimonio común de la humanidad.

—El escándalo de la contradicción brutal de un mundo que habla mucho de desarme y desarrollo, pero que invierte en asistencia para el desarrollo sólo el 5% de los 200 mil millones de dólares que gasta anualmente en armamentos.

Pero estas denuncias, como las declaraciones y recomendaciones consiguientes, si bien hieren la conciencia universal con el latigazo de las injusticias que cla-

man remedio al cielo, son a corto plazo ineficaces para los países en desarrollo, si no se traducen en acciones concretas.

Como tuvimos el honor de escuchar al señor representante de Suecia en la Vigésimocuarta Asamblea General de las Naciones Unidas, “los principios por muy solemnemente que sean declarados y por muy elocuentemente que sean redactados, no pueden sustituir la observancia diaria de esos principios.” (Primera comisión, sesión 1.654ª, pág. 31).

Poco sacamos con que se reconozca la miseria que padecen la mayoría de los pueblos y el deber que la justicia impone a las naciones industriales de contribuir efectivamente a su desarrollo, si las palabras no pasan a los hechos y las promesas no se cumplen. El hambre, la enfermedad, el analfabetismo, la falta de viviendas y el atraso económico siguen imperando en la mayor parte de la Humanidad, y la distancia entre las naciones ricas y pobres, en lugar de acortarse, aumenta día a día.

Nada puede ser más funesto y desmoralizador que esta paradoja. Cuando los pueblos advierten que los hechos no se concilian con las palabras, caen en el desaliento y la desesperación, que alejan a los hombres de los caminos de la razón y los inducen a la violencia. Especialmente las juventudes, desinteresadas e idealistas, no pueden sino perturbarse profundamente ante el ejemplo desmoralizador de lo que califican como mentira o hipocresía.

La peor alienación internacional sería legitimar una dualidad que deje en manos de los poderosos la adopción, en la paz o en la guerra, de las grandes decisiones, mientras los débiles se contentan con un foro, deliberante y burocrático, para denunciar sus males y estudiar, uno a uno, los llamados obstáculos para su desarrollo.

En el trasfondo de este drama, hay un problema de voluntad política. ¿Se quiere, de veras, derrotar la pobreza? ¿Existe la real y sincera disposición de hacer

para ello todos los esfuerzos y sacrificios necesarios?

Si así no fuera, estaríamos arando en el mar.

Todas las naciones, sin distingo, tienen su cuota de responsabilidad en la tarea.

Las del mundo desarrollado, aceptando y cumpliendo lealmente los deberes que su propia condición les impone, no como graciosa concesión o acto de generosidad, sino como el precio indispensable para preservar la paz, gravemente amenazada por la miseria y la injusticia que sufren los pueblos del Tercer Mundo. Como se dijo desde alta Cátedra, "el desarrollo es el nuevo nombre de la paz."

Entre estos deberes, formalmente consagrados en múltiples declaraciones de principios o implícitos en la Estrategia Internacional del Desarrollo, merece para nosotros especial mención en esta oportunidad, el riguroso respeto al derecho soberano de cada país de disponer libremente de sus recursos naturales, incluso los recursos marinos situados dentro de los límites de su jurisdicción nacional. Cualquier clase de presión, política o económica, contra el ejercicio de ese derecho, es una flagrante violación a los principios de libre determinación de los pueblos y de no intervención, definidos en la Carta de las Naciones Unidas.

Pero la responsabilidad primordial del desarrollo de los países del Tercer Mundo recae sobre ellos mismos. Así lo señaló hace cuatro años, en la Carta de Argel, el Grupo de los 77, y acaba de reiterarlo en la Declaración de Lima.

Los antecedentes, planteamientos y programas contenidos en esos documentos, representan la posición común de los países en desarrollo, que Chile ha contribuido a definir y a la cual adhiere plenamente.

Creo conveniente declarar aquí, seguro de interpretar a todos los sectores de este Congreso Nacional, que así como la construcción del edificio para el funcionamiento de UNCTAD III contó con el respaldo

de todos los chilenos, como tarea nacional que comprometía a Chile entero, las posiciones definidas por el Grupo de los 77, consecuentes con las tesis que Chile viene sosteniendo reiteradamente en materia internacional y que han sido concretadas en diversos documentos, especialmente en el Consenso Latinoamericano de Viña del Mar, cuentan con todo nuestro apoyo, por encima de diferencias partidistas.

Dentro de esas posiciones, creemos que pocas tienen más importancia que las relativas a los esfuerzos de integración regional y subregional como camino para el desarrollo de los países del Tercer Mundo.

Algo hemos intentado avanzar por ese camino en nuestro Continente Latinoamericano.

Nuestra conciencia política nos une con todos los pueblos del mundo en un proceso de interdependencia creciente y, en especial, con los pueblos en desarrollo que animan esta Tercera Conferencia de UNCTAD, porque sabemos que no basta la capacidad de negociación de cada uno, ni siquiera de los continentes aislados. Respondiendo a esa necesidad nació el Grupo de los 77.

Pero esa misma conciencia nos señala que este esfuerzo de complementación y unificación tiene que empezar con los más próximos. Por eso esperamos que la integración latinoamericana, el gran sueño de Bolívar en el siglo pasado, la tarea específica de nuestra lucha en este siglo, sea la realidad del siglo venidero. Hacia ello apuntan, como etapas modestas pero promisorias, siempre susceptibles de perfeccionarse, la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio y la Subregión Andina.

A partir de los acuerdos de la Comisión Especial de Coordinación Latinoamericana (CECLA), reunida en Viña del Mar hace tres años, la afirmación de una personalidad latinoamericana con criterios y valores propios, está generando un sano, justificado y creciente nacionalismo continental, capaz de engendrar nuevas mo-

dalidades en las relaciones de América Latina con los demás miembros de la comunidad internacional.

Pero para que esta integración y personalidad adquieran substancia perenne, han de trascender los márgenes de lo meramente económico y comercial y encarnarse en la vida política, social y cultural de nuestros pueblos. Sólo así podremos alcanzar una solidaridad real, práctica y vitalmente enraizada en nuestro diario acontecer.

Señores Delegados:

Ninguna oportunidad mejor que ésta para interpretar el sentimiento de los Diputados y Senadores chilenos, rindiendo tres homenajes muy merecidos:

Nuestro homenaje a la Organización de las Naciones Unidas, representada aquí en la persona de su Secretario General, señor Kurt Waldheim.

Muchos son escépticos respecto de la eficacia de Naciones Unidas. Quienes hemos visto su labor multifacética, quienes creemos en la fuerza de la razón humana y hemos aprendido de la vida que nada se hace sin contar con el tiempo, valorizamos la contribución de la Organización Internacional para el logro de la paz y el desarrollo de los pueblos. Sabemos que no es lógico esperar de ella logros espectaculares; pero sus esfuerzos van gestando en la conciencia colectiva universal las ideas, los principios, los acuerdos y las soluciones prácticas capaces de conducir a la Humanidad hacia sus ideales de paz y de justicia.

Bien sabemos, señor Secretario General, cuán ardua es vuestra tarea, y os acompañamos con nuestra más cordial simpatía.

Nuestro homenaje a un latinoamericano ilustre, nuestro amigo el Dr. Raúl Prebisch. Durante 14 años sirvió al desarrollo de América Latina, dirigiendo las tareas de CEPAL. Desde entonces hasta 1970, se consagró al desarrollo de todos los pueblos del Tercer Mundo. Fue el alma y el motor imaginativo de los grandes principios de

UNCTAD. Merece el reconocimiento de su patria americana y de todos los pueblos en vías de desarrollo.

Nuestro reconocimiento, finalmente, a la Comisión Chilena para UNCTAD III, que recibió del Gobierno y de este Congreso Nacional la misión de cumplir el compromiso de Chile con el mundo, de habilitar las condiciones para que la Conferencia ayer iniciada, pudiera tener lugar en nuestro suelo. Es grato reiterar aquí nuestra complacencia porque supo hacer honor a la confianza de que fue objeto.

Señores Delegados:

Se ha dicho de UNCTAD I que fue "la gran confrontación" entre el mundo desarrollado y el mundo en desarrollo; y de UNCTAD II, que significó la frustración para este último. UNCTAD III debe ser la cita de la esperanza.

Para que esto sea cierto, habrá que hacer el más serio esfuerzo por seguir la línea señalada en la Declaración de Lima: UNCTAD debe orientarse hacia la acción y debe fortalecerse su función negociadora. Sería un error estéril convertir en "enfrentamiento" las necesarias confrontaciones. De éstas deben surgir las bases de acuerdos concretos que permitan ir avanzando en el camino de derrotar a la pobreza.

Vuestro Alto Foro Internacional ha concurrido esta tarde a honrar a nuestro Parlamento Nacional. Ustedes, como nosotros, creen en el valor de los principios y en la capacidad humana para dialogar y construir ámbitos de convergencia y progreso colectivos.

Vuestra tarea, inscrita en el afán incesante de lograr un orden internacional basado en la justicia, alcanza hoy particular dramatismo. Los hombres de todo el mundo y, en particular, los pueblos en desarrollo, tienen puestos sus ojos y sus esperanzas en esta Conferencia.

¿A qué alto lugar de la dignidad del hombre invocar para unir y orientar este capítulo tan denso de la historia contemporánea?

Sabemos por una experiencia muy cruel “que los dioses de la política y las naciones son múltiples”. Nuestros anhelos y nuestros votos reclaman de Ustedes que construyan la justicia económica internacional utilizando la más alta idea que cada una de vuestras naciones asigna al hombre y a todos los hombres.

—*Aplausos.*

Mr. AYLWIN (President of the Chilean Senate).—The National Congress of Chile is meeting this afternoon to welcome delegations to the third session of the United Nations Conference on Trade and Development, which was inaugurated in Santiago yesterday.

For a hundred and seventy uninterrupted years, the history of this Parliament—the cornerstone of Chilean democracy—has been identified with the history of an independent Chile. Here it is that the nation’s deputies and senators, elected by free, secret and periodic vote as the legitimate representatives of all sectors and every shade of opinion, attempt a rational interpretation of the people’s wishes and endeavour to reach agreement among themselves on how to promote the common good.

In the sure knowledge that we speak for the entire people in all its diversity—a diversity which is part and parcel of the history and everyday life of Chile—we extend to all the delegates a most cordial welcome to our country.

We trust that your dedication to the serious responsibilities of UNCTAD will not prevent you from becoming acquainted with our “crazy geography” and the outgoing nature of our people.

Arriving at a corner of the world that early chronicles dubbed “the end of the world”, you may well feel a certain curiosity as to what is happening here; and we, in these surroundings where political decisions become law and in the presence of such an illustrious audience of leaders

from practically every country who are striving for the development of nations, would be ill-advised to beg the question.

Chile, with a population of almost ten million inhabitants—four million of whom are less than 15 years of age—which is growing at an annual rate of more than 2 per cent, with a level of illiteracy of 8 per cent and a *per capita* gross national product of around 600 dollars, belongs to the world of the developing countries and shares with them their problems, their needs and their aspirations.

In its arduous struggle with a natural environment that is as beautiful and fertile as it is difficult and intractable, our people has gradually forged its character. Its history has been an unremitting process of “beginning again”. It is this, together with the stamp of its Spanish and American ancestry, that has defined its distinctive personality: its general unconcern with what tomorrow may bring, its lofty sense of independence and freedom, its faith in juridical institutions and in the law as the basis of social life, its profound desire for justice, its openness to dialogue and its respect for the individual.

Given these characteristics, Chile has been far from inactive in the unending search for new means of development.

Soon after the Republic came into existence, it adopted an institutional framework that guaranteed it a political stability that has only been interrupted on two occasions. As time has passed, this institutional structure, with a clear-cut presidential character based on the principle of the separation and independence of powers, has had to be modernized in order to adapt itself to new circumstances—a process brought about partly by means of a series of reforms that have not changed its fundamental nature. Gradually, however, its roots have gone deeper and deeper and a steady process of democratization has taken

place which has swelled the electoral body from less than 7.5 per cent of the population in 1925 to almost 50 per cent today.

Ever restless, Chile was one of the first countries to incorporate workers' rights into a body of labour law that has become enriched with the new attainments of salary-earners, wage-earners and rural workers. At the same time, the State has achieved major advances in education, health, housing and social benefits: despite all its efforts, however, it is still far from meeting the needs of all Chileans in terms of culture, medical care, housing and social security.

With our single-product economy, we failed to take advantage of the wealth of our nitrate resources so as to diversify our economy. Later we began to depend on copper, but it is only in the last 30 years that we have begun to reflect on the value of this asset as part of Chile's heritage and on the need to industrialize our economy. Since then, we have step by step gained control over the principal resource of the Chilean soil, first through taxation, supplemented later by control over foreign trade in copper, then by the participation of the State as a shareholder in the copper-producing enterprises and, finally, by the complete nationalization of the industry in accordance with the sovereign and unanimous decision of the Chilean people. Parallel with this, a progressive programme of industrialization was put into effect. The electricity, steel, metal-transforming, petroleum, sugar-beet, pulp and paper, petro-chemicals, electronics and moto-vehicle industries are all significant landmarks in this process.

It is worth noting that this task was carried out with the co-operation of the public and private sectors. Most of those industries are public or semi-public, as the railways, the principal airline, other transport enterprises and the national telecommunications network in Chile belong to the State, which created them.

But another condition of industrialization is that the people should have enough food and consumer capacity. That is why a little more than five years ago, we undertook the task of carrying out land reform and of fully incorporating into the national economy all those sectors of population which had previously been on the periphery, in both rural and urban areas. Our aim was, on the one hand, to create new agricultural structures in which agricultural workers could fulfil their longstanding and justified desire to cultivate their own land, and, on the other hand, to promote social organization from the centre, so as to overcome the problem of isolated pockets of population and to pave the way for effective participation by all the people in all decisions that concern them.

Either because these efforts have not yet borne fruit, or because the demands of the consumer society have run ahead of the development of our productive capacity, or for both these reasons and many other besides, including those common to all developing peoples, which you will be studying at this Conference, the fact is that, despite all its efforts, Chile has not yet been able to solve its problem of chronic inflation, or to find a permanent answer to the problem of its low economic growth rate.

This is why the people have once again sought in new directions the realization of their aims. And although the expression of their will was not voiced by the necessary majority to represent a constitutional decision, it was accepted by Congress, which in this very Chamber exercised its powers to elect the current President of Chile on the basis of a democratic compromise formalized in an amendment to the Constitution.

During the time you have been in Chile, you will have met with a diversity of opinions regarding the country's present situation. It is in our blood to say out aloud what we think, and this unalterable habit is a guaranteed right of the indivi-

dual. This gives rise to a democratic dialogue, emanating from the very heart of the people, and culminating in this Parliament.

This is not the occasion to resume that debate; but you should know that the political problem that currently divides Chileans is not one of defending national sovereignty in the face of imperialist interference or pressure, which is the erroneous impression put out by some sectors of the press and other media. In this regard, Chile has an historical tradition that is shared by all and has never been denied. From our Araucan forefathers—who for more than three centuries resisted the conquest and of whom it was said by the very leader of the Conquistadores, in his epic poem, that they were never ruled by a king or subjected to foreign domination—we have inherited a fierce determination to defend our independence and national dignity.

In consonance with our belief in the right of peoples to self-determination, we have always observed and sought observance of the principle of non-intervention in the internal affairs of other countries. Although a small, peace-loving country, Chile is conscious of its obligations as a member of the international community and has never accepted, under any government, and never will accept any kind of foreign intervention, from whatever source.

Nor does the problem consist in retaining or modifying economic structures based on the privileges of oligarchical or monopolistic big business interests. The truth is that vast majority of Chileans, authentically represented in this Parliament, wish and seek to replace the capitalist régime by a new society in which power is really exercised by the majorities, through the genuine participation of the workers.

The basic political question which is disturbing Chile is whether the structural changes required to build the new society

are to be introduced through democratic channels, without sacrificing the freedom of the individual and within the framework of the Constitution and the law, or whether they will be brought about by violence, arbitrary measures or totalitarian coercion; whether the aim is a bureaucratic system of State control in the service of lust for power, or the real participation of the workers through their own authentic organizations.

In short, as you can see, the trouble is the eternal problem of whether the people, in order to secure justice, must, or must not sacrifice their freedom to govern themselves. In the face of tendencies which disparage liberty as an “abstraction” and law as a “superstructure”, proposing that they be replaced by the undisputed power of a few exerted in the name of all, as a paradoxical road to liberation, the majority of Chileans demand faithful observance of the laws of democracy, which regulate the exercise of power and place sovereignty in the hands of the people.

And while we are trying to clear up this difficult question, you are honouring us by making our country the scene of the biggest world conference in history, convened to discuss a similar problem: that of “international social justice”.

Here again the question is to determine whether the weaker nations should submit, in order to attain development, to the dictates of the major powers, or whether, on the contrary, they are to achieve it through the full exercise of their faculties as free peoples.

The United Nations Conference on Trade and Development represents precisely mankind's most serious effort to establish justice in international economic relations, not through the imposition of the will of some and the subordination of others, but on the basis of the participation of all nations, on a footing of freedom and equality.

It is no mere chance that the same

question is being mooted both within individual countries and at the level of international relations. It is a sign that man has come of age, and is no longer willing to bow to outside authority. It is a sign that the people no longer will or can be treated as mere masses. Peoples are active; masses are passive. The essential substratum of every nation consists in the men and women, the human beings, the individual persons that form it. Men and nations, all men and all nations, have a will of their own, capacitating them to make their own decisions. The conception of the people as the "masses", like that which reduces it to a mere "class", depersonalizes it and turns it into an instrument swayed by the will of others.

The democratic trend of the contemporary world knows no frontiers, and seeks to find concrete expression in universal participation as a basic principle of coexistence between men and nations.

This is just what Teilhard de Chardin is saying when he wonders whether it is not, in fact, the legitimate need and demand for *participation* in human affairs that at the present moment is causing a more profound upheaval than any material claims in certain classes and certain races which hitherto have been mere onlookers at the game. And, as he himself asserts in reply to his own question, this content of participation gives the revolutionary ideals of mankind a new dimension; Liberty, Equality, Fraternity, no longer indeterminate, amorphous and inert, but given direction, purpose, dynamic force by the emergence of a basic movement which sustains and supports them (*L'Avenir de l'homme*, Editions du Seuil, Paris, 1960, fs. 312).

This and no other is the ambitious task of the United Nations; to secure peace on earth through universal participation.

In opposition to the classic and outworn "power policy" as a basis for international relations, the Charter of the United Nations established the idea of an

international order founded on principles inscribed in the hearts of men, endorsed by their consciences, shared by all nations as the expression of right and reason. And while it recognized the reality of the differences in power between the permanent members of the Security Council and the other nations it reaffirmed the principle of the sovereign equality of all States, calling upon all to participate in the decisions of the United Nations.

History shows that peace founded on the balance of power is so unstable that it inevitably leads to war. The only lasting basis for Peace is Justice. That is why the effective implementation of human rights, the development of peoples, decolonization and disarmament have been recognized by the United Nations as fundamental to the securing of peace.

UNCTAD was established in order to co-operate in the attainment of the second of these tasks, by developing and regulating international trade through the formulation of principles, the adoption of recommendations or guidelines and the negotiation of agreements by States members of the Conference. The aim is to replace the hegemony of a single empire, two empires, or a number of super-powers acting in concert with a view to imposing their will on the world, by an open forum in which all participate and in which the frank confrontation of interests and opinions, in the light of reason, will prepare the way for collective decisions.

UNCTAD deserves credit for having denounced to the world the great scandals of our contemporary international economic order, which include:

(a) The scandal of the growing deterioration in the volume and value of exports of commodities from the poor countries, as compared with the progressive increase in the volume and value of exports of manufactures from the rich countries;

(b) The scandal of the obstacles which

the rich countries create for trade in commodities from the poor countries, of the restrictions, barriers and discriminatory measures affecting the entry of their manufactures or semi-manufactures, and the way in which the "most favoured nation" clause operates in practice to the detriment of the developing world;

(c) The scandal of a world financial system which basically serves the developed world but whose operating methods, particularly in regard to credit terms and interest rates, do not satisfy the economic and social development requirements of the poor countries;

(d) The scandal of an international monetary system manipulated behind the world's back by the "Club of Ten" and operated on the basis of solidarity among the rich;

(e) The scandal of the current maritime transport and insurance system, the conditions of which are imposed by the rich countries as they like and constitute a serious drain on the poor countries' resources;

(f) The scandal of the appropriation of knowledge by a few powerful countries, which have converted the scientific and technological achievements of man's intelligence, which are, by their very nature, the common property of mankind, into a source of profit, at the expense of the rest of the world;

(g) The scandal of the cynical contradiction of a world which talks a great deal about disarmament and development but invests in development aid a mere 5 per cent of the 200,000 million dollars spent annually on armaments.

But such denunciations, like the declarations and recommendations that stem from them, although they strike the world's conscience with the lash of injustices crying to Heaven for vengeance, are ineffectual for the developing countries in the short term unless they are translated into concrete action.

As the representative of Sweden said at the twentyfourth session of the United

Nations General Assembly, Principles, however solemnly proclaimed and however eloquently worded, are no substitute for the daily observance of these principles (First Committee, 1654th meeting, p. 31).

We gain little from recognition of the poverty from which most peoples suffer or of the duty that justice imposes on the industrialized nations to make an effective contribution to the development of those peoples if words are not translated into action and promises are not fulfilled. Hunger, disease, illiteracy, lack of housing and economic backwardness, are still the lot of the greater part of mankind, and the gap between the rich and the poor countries, far from narrowing, is growing wider every day.

Nothing can be more tragic or demoralizing than this paradoxical situation. When people come to realize that actions are not in line with words, they fall into disillusionment and despair, which make men desert the path of reason and lead them to violence; the young especially, selfless and idealistic, cannot but be deeply disturbed by the demoralizing example of what they regard as lies and hypocrisy.

The worst kind of international folly would be to give legitimacy to a dualism under which the taking of major decisions, in peace or in war, is left in the hands of the powerful, while the weak are fobbed off with a deliberative, bureaucratic forum where they discuss their wrongs and study one by one the alleged obstacles to their development.

At the root of this tragic situation there is a question of political will. Is there a real will to conquer poverty? Is there a real and sincere desire to make every effort and sacrifice required to this end? If not, we are barking up the wrong tree.

Every country, without exception, has its share of responsibility in this task, those of the developed world by accepting and honestly carrying out the duties demanded of them by their own state of

development, not as a gracious concession or act of generosity, but as the essential price for preserving peace, seriously threatened by the poverty and injustice suffered by the peoples of the Third World. As has been said from this podium, development is the new name for peace.

Among the duties formally embodied in countless declarations of principle or implicit in the International Development Strategy, strict respect for the sovereign right of all countries to dispose freely of their natural resources, including the resources of the sea within their national territorial limits merits special mention for us here. Any kind of political or economic pressure against the exercise of this right is a flagrant violation of the principles of self-determination of peoples and of non-intervention, as laid down in the United Nations Charter.

However, the primary responsibility for the development of the countries of the Third World falls on those countries themselves. This was recognized by the Group of 77 four years ago in the Charter of Algiers and again recently in the Declaration of Lima.

The background, policies and programmes contained in these documents represent the common stand of the developing countries, which Chile helped to define and fully endorses.

I feel that it is appropriate to say here, confident that I am speaking for all sections of our National Congress that just as the construction of the building for holding UNCTAD III has the backing of all Chileans as a national task undertaken by the whole of Chile, the positions defined by the Group of 77, and following logically from the views repeatedly stated by Chile on international affairs and set forth in a variety of documents, especially at the Latin American Congress of Viña del Mar, have our full support, irrespective of party differences.

Within those positions few I think are of greater importance than those con-

nected with the attempts at regional or subregional integration as a path towards the development of the countries of the Third World.

We have made some progress along this path here in the Latin American continent. Our political awareness unites us in a process of growing interdependence with all the peoples of the world and especially with the developing peoples—the moving spirit of this Third Session of UNCTAD—since we know that the negotiating capacity of individual countries, and even perhaps of continents in isolation, is insufficient. The Group of 77 was born to meet this need.

But this very awareness tells us that the effort to achieve complementarity and unification must begin with our closest neighbours. Consequently, we hope that Latin American Integration, the great dream of Bolívar in the last century and the specific object of our struggle in this century, will be the reality of the next century. The Latin American Free Trade Association and the Andean Subregional Integration Agreement are modest but promising steps in that direction, and they can always be improved upon.

On the basis of the agreements reached by the Special Committee on Latin American Co-ordination (SCLAC) meeting at Viña del Mar three years ago, the affirmation of a Latin American personality, with criteria and values of its own, is giving rise to a healthy, justified and growing continental nationalism, capable of engendering new forms of relationships between Latin American and the other members of the international community.

If, however, this integration and this personality are to be consolidated and to endure, they will have to transcend the bounds of the purely economic and commercial and become the embodiment of the political, social and cultural life of

our peoples. Thus, and thus alone, can we achieve a genuine solidarity with vital and practical roots in our day-to-day affairs.

There could be no better opportunity than the present one to interpret the feelings of the Chilean Deputies and Senators by paying three very well deserved tributes: the first is our tribute to the United Nations as represented here in the person of its Secretary-General, Mr. Waldheim.

Many people are sceptical about the effectiveness of the United Nations. Those of us who have witnessed its multifaceted work believe in the force of human reason; we have learnt that everything in life takes time and we value the contribution of the Organization towards the attainment of peace and the development of peoples. We know that it is not reasonable to expect from the United Nations spectacular successes; however, its efforts are instilling into the universal conscience of mankind ideas and principles which can promote man's progress towards the attainment of his ideals of peace and justice and are also producing agreements and practical solutions to that end.

Mr. Secretary-General, we know that yours is a difficult task and you have our warmest sympathy.

We wish to pay a tribute to an illustrious Latin American, our friend Dr. Raul Prebisch. For 14 years he served the cause of Latin American development, directing the activities of ECLA. From that time until 1970 he devoted himself to the development of all peoples of the Third World. He was the inspiration and driving force behind the great principles of UNCTAD. He deserves the gratitude of his Latin American homeland and of all developing peoples.

Finally, our gratitude also goes to the Chilean Commission for UNCTAD III, which was entrusted by the Government and by this National-Assembly with the

task of carrying out Chile's undertaking to the international community to provide the necessary conditions to ensure that the Conference which opened yesterday could take place in our country. It is gratifying to be able to say again in this forum how pleased we are that it was able to justify the confidence vested in it.

Distinguished delegates, it has been said that UNCTAD I was the "great confrontation" between the developed and developing countries and that UNCTAD II was a disappointment for the latter. UNCTAD III should be an occasion for hope.

To ensure that it is the most serious effort will have to be made to follow the guidelines set forth in the Lima Declaration: UNCTAD should be action-oriented and its negotiating functions should be strengthened. It would be a futile mistake to convert the necessary discussions into trials of strength. They are intended to lay the basis for concrete agreements which will allow us to make further progress in the task of eliminating poverty.

Your International Conference has consented this evening to do honour to our National Parliament. You believe, as we do, in the value of principles, and in man's capacity for dialogue and for building up areas of agreement and collective progress.

Your task, which is part of the constant struggle to achieve an international order based on justice, today assumes a particularly dramatic significance. All men, and the developing peoples in particular, have focused their attentions and their hopes on this Conference.

To what high sense of human dignity can we appeal to ensure the unification and orientation of this key chapter in contemporary history?

We know from cruel experience that the gods of politics and of nations are many. It is our aspiration and our wish

that you may construct an international economic justice on the basis of the highest values that each of your countries attaches to the individual and to mankind as a whole.

Monsieur AYLWIN (Président du Sénat du Chili).—Le Congrès national du Chili se réunit cet après-midi pour recevoir les délégations qui participent à la troisième Conférence des Nations Unies sur le commerce et le développement, inaugurée hier en notre ville.

Au cours de cent soixante ans d'une vie toujours active, l'histoire de ce Parlement, élément essentiel de la démocratie chilienne, s'identifie à l'histoire du Chili indépendant. Députés et sénateurs élus périodiquement par le vote libre et secret du peuple, représentants légitimes de tous les secteurs et de tous les courants d'opinion de celui-ci, nous nous efforçons ici d'interpréter rationnellement ses aspirations et d'obtenir le consensus nécessaire pour édifier le bien commun.

Certains de représenter tous les Chiliens, dans toutes les nuances de leur diversité, qui s'intègre et s'unifie dans l'histoire commune et le labeur commun du Chili, nous vous souhaitons, Messieurs les délégués, la plus cordiale bienvenue dans notre pays.

Nous espérons que l'attention que vous consacrerez aux sérieuses responsabilités de la CNUCED ne vous empêchera pas de faire un peu connaissance avec notre "folle géographie" et la franchise cordiale du peuple chilien.

Vous arrivez dans ce coin du monde, que les anciennes chroniques décrivent comme "le lieu où la terre s'achève", avec une curiosité justifiée pour ce qui s'y passe. Il ne serait pas bien d'é luder la question, dans cette enceinte où les décisions politiques se transforment en lois et devant un auditoire aussi illustre de dirigeants de presque toutes les nations, qui oeuvrent pour le développement des peuples.

Avec une population de près de 10 millions d'habitants, dont quatre millions de moins de 15 ans, qui croît à un rythme supérieur à 2% par an, avec un taux d'analphabétisme de 8% et un produit national brut de l'ordre de 600 dollars par habitant, le Chili fait partie du monde des pays en voie de développement dont il partage les problèmes, les besoins et les aspirations.

Dans sa dure lutte contre une nature aussi belle et féconde que difficile et irascible, notre peuple a peu à peu forgé son caractère. Son histoire a été un incessant recommencement. Tout cela, plus l'empreinte de ses ancêtres espagnols et américains, a défini les traits distinctifs de sa personnalité: insouciance du lendemain, sentiment altier d'indépendance et de liberté, foi dans les institutions juridiques et dans la loi comme base de la coexistence collective, désir profond de justice et ouverture au dialogue, respect de la personne humaine.

Dans le cadre de ces données, le Chili n'a jamais cessé de rechercher des voies nouvelles pour son développement.

A peine née, la République sut se doter d'une structure institutionnelle qui lui a assuré une stabilité politique interrompue deux fois seulement depuis lors. De caractère nettement présidentiel et inspiré du principe de la séparation et de l'indépendance des pouvoirs publics, ce régime a dû, avec le temps, être modernisé pour s'adapter aux circonstances nouvelles, ce qui s'est fait en partie au moyen de réformes successives, sans que les bases essentielles soient modifiées. Cependant ses fondements se sont consolidés de façon progressive par un processus de démocratisation croissante au cours duquel le corps électoral est passé de moins de 7,5% de la population du pays en 1925, à presque 50% de nos jours.

Ouvert à toutes les inquiétudes, le Chili a été l'un des premiers pays à consacrer les droits des travailleurs au moyen d'une

législation du travail qui s'est peu à peu enrichie de nouvelles conquêtes au bénéfice des employés, des ouvriers et des paysans. Parallèlement, l'Etat a accompli de grands efforts dans les domaines de l'éducation, de la santé, du logement, de la prévoyance sociale; mais, malgré leur ambition, ces efforts sont encore loin de répondre aux besoins de tous les Chiliens en matière de culture, de soins médicaux, d'habitation et de sécurité.

Monoproducteurs, nous n'avons pas su profiter en temps opportun de la prospérité que nous avait apportée le salpêtre pour diversifier notre économie. Nous avons commencé ensuite à vivre du cuivre, et ce n'est qu'au cours des trois dernières décennies que nous avons réfléchi à l'importance de ce bien dans le patrimoine chilien et à la nécessité de nous industrialiser. Depuis lors, en procédant d'abord par la voie de la fiscalité, complétée ensuite par le contrôle du commerce extérieur du cuivre, puis par une prise de participation de l'Etat dans les entreprises productrices, pour aboutir enfin à la nationalisation totale par décision souveraine et unanime des Chiliens, nous avons réussi à rendre le Chili maître de la principale richesse de son sol. Simultanément, un programme progressif d'industrialisation a été mis en oeuvre. L'électricité, l'acier, la métallurgie, le pétrole, la betterave, la cellulose, la pétrochimie, l'industrie électronique et automotrice sont des domaines où l'on a enregistré à cet égard des réalisations marquantes.

Il convient de souligner que cette tâche a été accomplie concurremment par les secteurs public et privé. La majorité de ces industries est constituée par des entreprises d'Etat ou d'économie mixte; de même, les chemins de fer, la principale compagnie aérienne, d'autres entreprises de transport et le réseau national de télécommunications du Chili appartiennent à l'Etat depuis leur création.

Mais l'industrialisation exige, en même temps, que le peuple dispose d'aliments

suffisants et qu'il ait une certaine capacité de consommation. C'est pourquoi nous avons entrepris, il y a un peu plus d'un lustre, de réaliser une réforme agraire et d'incorporer pleinement à la vie nationale tous les secteurs jusque-là marginaux, tant paysans que suburbains. Nous avons cherché, d'une part, à créer de nouvelles structures agricoles dans le cadre desquelles les travailleurs de la terre réalisent leur aspiration ancestrale et légitime à cultiver leur propre bien et, d'autre part, à promouvoir l'organisation sociale depuis la base, afin de surmonter la faiblesse des individus isolés et d'ouvrir la voie à une participation effective du peuple à toutes les décisions qui le concernent.

Soit que ces efforts n'aient pas porté leurs fruits, soit que les tendances de la société de consommation aient devancé le développement de notre capacité de production, soit pour ces deux raisons à la fois et bien d'autres encore, dont celles qui sont communes à tous les peuples en voie de développement et que vous analyserez, Messieurs les délégués, au cours de votre Conférence, c'est un fait que le Chili n'a pas réussi, en dépit de tout, à vaincre son inflation déjà chronique ni à surmonter de façon continue la faiblesse de son indice de croissance économique.

Ainsi s'explique que le peuple, une fois de plus, ait cherché de nouveaux chemins pour réaliser ses aspirations. Et bien que l'expression de sa volonté n'ait pas obtenu la majorité requise pour l'adoption d'une décision d'ordre constitutionnel, le Congrès national l'a faite sienne et, dans cette salle même, il a, dans l'exercice de ses attributions, élu Président du Chili l'actuel Chef de l'Etat, sur la base d'un compromis démocratique solennellement consacré par un amendement à la Constitution politique.

Vous avez sans doute entendu s'exprimer, au cours des quelques heures qui se sont écoulées depuis votre arrivée au Chili, des opinions contradictoires sur la situation que connaît le pays. Nous avons

dans le sang l'habitude indélébile de dire à voix haute ce que nous pensons, droit garanti comme inhérent à la personne. Ainsi naît et se développe, de la base même du peuple, le dialogue démocratique qui trouve son point culminant dans ce Parlement.

Nous ne sommes pas ici pour reprendre ce débat; mais il est bon que vous sachiez, Messieurs les délégués, que le problème politique qui divise actuellement les Chiliens n'est pas, comme une certaine publicité pourrait le faire croire à tort, celui de la défense de la souveraineté nationale face à une ingérence ou à des pressions impérialistes. Dans ce domaine, le Chili possède une tradition historique, partagée par tous et jamais démentie. Du peuple d'Arauco dont nous sommes les descendants, qui a résisté pendant plus de trois siècles à la conquête et dont le capitaine conquistador a dit lui-même en chantant son épopée "qu'il n'a jamais été gouverné par un roi ni soumis à une domination étrangère", nous avons hérité un zèle extrême à défendre notre indépendance et notre dignité nationale.

Fidèles à notre foi en la libre détermination des peuples, nous avons toujours respecté et fait respecter le principe de non intervention des pays dans les affaires intérieures d'autres pays. Bien que petit, le Chili, épris de paix et conscient des devoirs qui lui incombent en tant que membre de la communauté internationale, n'a jamais accepté sous aucun gouvernement ni n'acceptera jamais aucune forme d'ingérence étrangère, d'où qu'elle vienne.

Le problème n'est pas non plus celui de la conservation ou du changement de structures économiques offrant un privilège aux intérêts oligarchiques ou monopolistes du grand capital.

La vérité est que la grande majorité des Chiliens, authentiquement représentés à ce Parlement, souhaitent et cherchent à obtenir que le régime capitaliste soit remplacé par une société nouvelle dans la-

quelle les majorités exercent réellement le pouvoir, par une participation effective des travailleurs.

Le problème politique fondamental qui ébranle le Chili est de savoir si les changements de structure nécessaires pour édifier la société nouvelle doivent ou non se faire par des voies démocratiques, sans sacrifier la liberté des individus et dans le cadre de la Constitution et des lois, ou bien si ces changements doivent se faire par la violence, l'arbitraire et le totalitarisme. Il s'agit de savoir si ce que l'on veut instaurer est un étatsisme bureaucratique au service de ceux qui cherchent à s'assurer le pouvoir ou une participation réelle des travailleurs par l'intermédiaire des organisations qui les représentent vraiment.

Comme vous pouvez le voir, Messieurs les délégués, il s'agit en somme de l'éternel problème qui consiste à déterminer si le peuple, pour instaurer la justice, doit ou non sacrifier la liberté de se gouverner par lui-même. Alors que l'on constate certaines tendances à mépriser la liberté comme une "abstraction" et le droit comme une "superstructure", et à vouloir les remplacer par un pouvoir exercé sans contreponds par quelques-uns au nom de tous, comme moyen paradoxal de libération, la majorité des Chiliens exige que soit fidèlement respecté le statut démocratique qui règle l'exercice du pouvoir et fonde la souveraineté dans le peuple.

Tandis que nous nous efforçons d'éliminer cette question ardue, vous nous honorez de votre présence en choisissant notre pays pour y tenir les assises mondiales les plus importantes de l'histoire et pour examiner un problème analogue, celui de la "justice sociale internationale".

Ici aussi, il s'agit de savoir si les nations faibles doivent, pour accéder au développement, se soumettre au diktat des grandes puissances ou si, au contraire, elles doivent y parvenir par le plein exercice des droits que leur confère leur condition de peuple libre.

La Conférence des Nations Unies sur le commerce et le développement représente précisément l'effort le plus sérieux de la part de l'humanité pour instaurer la justice dans les relations économiques internationales, non par l'imposition de la volonté de quelques-uns et la soumission des autres, mais sur la base de la participation de tous les pays, en tant que sujets libres et égaux.

Ce n'est pas par hasard que la même question se pose à l'intérieur des pays et dans les relations internationales. C'est là le signe que l'homme a atteint sa maturité et n'admet pas d'être soumis au pouvoir d'autrui. Cela prouve que le peuple ne veut, ni ne peut, plus être traité comme une simple masse. Qui dit "peuples" dit "sujets"; qui dit "masses" dit "objets". Le substrat essentiel de tout peuple, ce sont les hommes et les femmes, les êtres humains, les individus qui le composent. Les hommes et les peuples, tous les hommes et tous les peuples, ont une volonté qui leur est propre et qui leur permet de décider par eux-mêmes. La conception du peuple en tant que "masse", ainsi que celle qui le réduit à une simple "classe", enlèvent au peuple toute personnalité et le réduisent à l'état d'instrument mû par des volontés étrangères.

La tendance démocratique du monde contemporain ne connaît pas de frontières et cherche à se concrétiser par une participation généralisée qui doit être à la base de toute vie en commun, aussi bien entre les hommes qu'entre les nations.

C'est ce qu'exprime Theilhard de Chardin quand il demande si en vérité ce n'est pas cette nécessité, ce besoin légitime de *participer* à l'entreprise humaine qui, plus que toute revendication matérielle, agite profondément à l'heure actuelle certaines classes et certaines races laissées jusqu'à présent hors du jeu. Et ce même auteur de répondre que, grâce à ce contenu de participation, les idéaux révolutionnaires de l'homme acquièrent une autre dimension: la liberté, l'égalité, la fraternité,

non plus indéterminées, amorphes et inertes, mais dirigées, orientées, dynamisées par l'apparition d'un mouvement de fond qui les soutient et les supporte. (cf. "L'avenir de l'homme". Editions du Seuil, Paris 1960, fs. 312.)

La tâche ambitieuse que s'est fixée l'Organisation des Nations Unies n'est guère différente: instaurer la paix sur cette terre par la participation universelle.

A la notion classique et périmée de "politique de puissance" comme base des relations internationales, la Charte des Nations Unies a opposé l'idée d'un ordre international fondé sur les principes que tout homme porte inscrits dans son cœur et dont témoigne sa conscience, et auxquels souscrivent tous les peuples parce qu'ils sont l'expression de la raison: tout en reconnaissant qu'il existe effectivement une différence de puissance entre les membres permanents du Conseil de sécurité et les autres nations, elle a affirmé le principe de l'égalité souveraine de tous les Etats, les appelant tous à participer aux décisions de l'Organisation.

L'expérience historique montre que la paix fondée sur l'équilibre des forces est si instable qu'elle aboutit inévitablement à la guerre. Le seul fondement durable de la paix est la justice. C'est pourquoi l'Organisation des Nations Unies a reconnu que le respect effectif des droits de l'homme, le développement des peuples, la décolonisation et le désarmement étaient des tâches fondamentales si l'on voulait assurer la paix.

La CNUCED a été créée pour collaborer à l'accomplissement de la deuxième de ces tâches, en développant et en stabilisant le commerce international par la formulation de principes, l'adoption de recommandations ou de directives et la négociation d'accords entre les pays membres de l'organisation. On espère ainsi remplacer l'hégémonie d'un empire unique, de deux empires distincts ou de plusieurs superpuissances qui s'entendent pour imposer leur loi au monde, par une

instance ouverte à tous où une franche confrontation des intérêts et des opinions à la lumière de la raison puisse frayer la voie à des décisions collectives.

A la CNUCED revient le mérite d'avoir dénoncé à la face du monde les grands scandales de l'ordre économique international en vigueur à notre époque. En voici quelques-uns:

—Le scandale de la diminution croissante du volume et de la valeur des exportations de produits primaires des pays pauvres, face à l'augmentation progressive du volume et de la valeur des exportations d'articles manufacturés en provenance des pays riches;

—Le scandale des obstacles opposés par les pays riches au commerce des produits primaires en provenance des pays pauvres, des restrictions, barrières et discriminations qui entravent l'accès de leurs produits manufacturés ou semi-manufacturés aux marchés, et du fonctionnement pratique de la "clause de la nation la plus favorisée" au détriment des pays en voie de développement;

—Le scandale d'un système de financement mondial qui sert fondamentalement les pays développés, et dont les modalités de fonctionnement, pour ce qui est notamment des délais de remboursement et des intérêts dont sont assortis les crédits, ne répondent pas aux exigences du développement économique et social des pays pauvres;

—Le scandale d'un système monétaire international manipulé à l'insu du monde par le "Club des dix" et dont le fonctionnement repose sur la solidarité des riches;

—Le scandale des systèmes en vigueur en matière de transports maritimes et d'assurances, dont les conditions sont imposées à leur guise par les pays riches et saignent gravement l'économie des pays pauvres;

—Le scandale de l'appropriation du savoir par un petit nombre de pays puissants, qui ont transformé en une source

de profit, au détriment des autres peuples, les conquêtes scientifiques et technologiques de l'intelligence humaine qui, de par leur nature, sont le patrimoine commun de l'humanité;

—Le scandale de la contradiction brutale d'un monde qui parle beaucoup de désarmement et de développement mais qui ne consacre à l'aide au développement que 5% des 200 milliards de dollars qu'il dépense annuellement pour les armements.

Cependant, ces dénonciations, de même que les déclarations et les recommandations qui en résultent, si elles fouettent la conscience universelle en exposant des injustices criantes, restent sans effet dans l'immédiat pour les pays en voie de développement si elles ne se traduisent pas par des actions concrètes.

Comme l'a dit le représentant de la Suède à la vingt-quatrième session de l'Assemblée générale des Nations Unies, les principes, quelque solennellement qu'ils soient déclarés et quelque éloquemment qu'ils soient rédigés, ne sauraient remplacer le respect quotidien de ces mêmes principes (Première Commission, 1654^{ème} séance).

Il ne servira pas à grand-chose de reconnaître la misère dont souffrent la majorité des peuples et le devoir qu'ont, en toute justice, les nations industrielles de contribuer efficacement à leur développement si les paroles ne se traduisent pas en actes et si les promesses ne sont pas tenues.

La majeure partie de l'humanité demeure accablée par la faim, la maladie, l'analphabétisme, la pénurie alimentaire et le retard économique et l'écart entre les nations riches et les nations pauvres s'accroît de jour en jour au lieu de diminuer!

Rien n'est plus funeste, rien n'est plus démoralisant que ce paradoxe. Quand les peuples se rendent compte que les faits ne correspondent pas aux paroles, ils tombent dans le découragement et le désespoir, qui éloignent les hommes des chemins de la raison et les incitent à la violence, en par-

ticulier les jeunes, désintéressés et idéalistes, ne peuvent qu'être profondément troublés par le spectacle démoralisant de ce qu'ils qualifient de mensonges et d'hy-pocrisie.

Sur le plan international, il serait insensé de légitimer une dualité qui laisse aux puissants le soin d'adopter les grandes décisions, en temps de paix ou de guerre, alors que les faibles doivent se contenter d'une tribune de discussion et d'un appareil bureaucratique pour dénoncer leurs maux et étudier un à un les obstacles qui s'opposent à leur développement.

Tout au fond de ce drame, il y a un problème de volonté politique. Est-ce que l'on veut vraiment vaincre la pauvreté? Existe-t-il réellement le désir sincère de consentir à cet effet tous les efforts et tous les sacrifices nécessaires?

Si la réponse était négative, cela voudrait dire que nous sommes en train de donner des coups d'épée dans l'eau.

Toutes les nations sans distinction ont leur part de responsabilité dans la tâche à accomplir.

Les pays du monde développé doivent accepter et accomplir loyalement les devoirs que leur situation leur impose, non comme une concession accordée à titre gracieux ou comme un acte de générosité, mais comme le prix à payer pour préserver la paix, gravement menacée par la misère et l'injustice dont souffrent les peuples du tiers monde. Comme il a été dit d'une haute chaire, "le développement est le nouveau nom de la paix".

Parmi ces devoirs, qui ont été formellement consacrés par de multiples déclarations de principes ou sont contenus implicitement dans la Stratégie internationale du développement, il nous paraît opportun de mentionner tout spécialement le respect rigoureux du droit souverain de chaque pays de disposer librement de ses ressources naturelles, y compris des ressources maritimes comprises dans les limites de sa juridiction nationale. Toute forme de pression, politique ou éco-

nomique, dirigée contre l'exercice de ce droit constitue une violation flagrante des principes de libre détermination des peuples et de non-intervention énoncés dans la Charte des Nations Unies.

Cependant, c'est aux pays du tiers monde qu'incombe au premier chef la responsabilité de leur développement, comme l'a souligné il y a quatre ans le Groupe des 77 dans la Charte d'Alger et comme il vient de le réaffirmer dans la Déclaration de Lima.

Les précédents principes et programmes contenus dans ce document représentent la position commune des pays en voie de développement que le Chili a contribué à définir et à laquelle il adhère entièrement.

Je crois qu'il convient de déclarer ici, en étant sûr de me faire l'interprète de tous les secteurs du Congrès national, que, de même que nous avons pu compter sur l'appui de tous les Chiliens pour la construction du bâtiment destiné à la réunion de la troisième session de la Conférence, tâche nationale qui engageait le pays tout entier, les positions définies par le Groupe des 77, qui concordent avec les thèses que le Chili a constamment réaffirmées, sur le plan international, et qui ont été exprimées dans divers documents, notamment au Congrès latino-américain de Viña del Mar, bénéficient de notre appui total par-delà les divergences entre les partis.

Parmi ces positions, nous croyons qu'il y en a peu qui soient plus importantes que celles qui ont trait aux efforts d'intégration régionale et sous-régionale, voie du développement pour les pays du tiers monde.

Nous avons déjà tenté d'avancer quelque peu dans cette voie sur notre continent latino-américain.

Notre conscience politique nous unit à tous les peuples du monde dans une interdépendance croissante et, en particulier, aux peuples en voie de développement qui animent cette troisième session de la Conférence, parce que nous savons

qu'il ne suffit pas du pouvoir de négociation de chacun de nous, ni même de chaque continent pris séparément. C'est pour répondre à cette nécessité que le Groupe des 77 s'est formé.

Mais cette même conscience nous indique que l'effort que nous devons faire pour nous compléter et nous unifier, nous devons l'entreprendre d'abord avec nos proches voisins. C'est pourquoi nous espérons que l'intégration de l'Amérique latine, grand rêve de Bolivar lors du siècle dernier, raison d'être même de notre lutte pendant le siècle en cours, sera la réalité du siècle à venir. Dans cette direction, il faut citer, étapes modestes, mais encourageantes, toujours susceptibles de perfectionnement, l'Association latino-américaine de libre-échange et le Pacte Andin.

A partir des accords de la Commission spéciale de coordination latino-américaine (CECLA), réunie à Viña del Mar il y a trois ans, une personnalité latino-américaine s'est affirmée, dotée de critères et de valeurs propres, et donne naissance à un nationalisme continental sain, justifié et grandissant, capable de susciter des types nouveaux de relations entre l'Amérique latine et les autres membres de la communauté internationale.

Mais, pour que cette intégration et cette personnalité acquièrent une valeur durable, elles doivent dépasser les limites du simple domaine économique et commercial et prendre corps dans la vie politique, sociale et culturelle de nos peuples. Seulement ainsi nous pourrions arriver à une solidarité réelle, protique et profondément enracinée dans notre existence quotidienne.

Notre hommage va d'abord à l'Organisation des Nations Unies, représentée ici en la personne de son Secrétaire général, M. Waldheim.

Nombreux sont les sceptiques qui mettent en doute l'efficacité des Nations Unies. Nous, qui avons été témoins de son oeuvre multiple, nous croyons à la force

de la raison humaine et qui avons appris de la vie que rien ne se fait qu'avec le temps, nous apprécions hautement la contribution de l'organisation internationale à la réalisation de la paix et au développement des peuples. Nous savons qu'il n'est pas logique d'en attendre des résultats spectaculaires; mais ses efforts font naître, dans la conscience collective universelle, les idées, les principes, les accords et les solutions pratiques qui peuvent conduire l'humanité à ses idéaux de paix et de justice.

Nous savons, Monsieur le Secrétaire général, que votre tâche est ardue, et notre sympathie la plus cordiale vous accompagne.

Notre hommage va ensuite à un illustre latino-américain, notre ami, M. Raúl Prebisch. Pendant 14 ans, il a travaillé au développement de l'Amérique latine en dirigeant les travaux de la CEPAL. Ensuite, jusqu'en 1970, il s'est consacré au développement de tous les peuples du tiers monde. Il a été l'âme et l'inspirateur des grands principes de la CNUCED. Il mérite la reconnaissance de sa patrie américaine et de tous les peuples en voie de développement.

Notre reconnaissance va ensuite à la Commission chilienne pour la CNUCED III, que le Gouvernement et le Congrès national ont chargée de s'acquitter des engagements que le Chili avait pris envers le monde pour que la Conférence qui a commencé hier puisse avoir lieu sur notre sol. Nous sommes heureux de lui réaffirmer ici notre satisfaction, puisqu'elle a su se montrer à la hauteur de la tâche qui lui avait été confiée.

Messieurs les délégués,

On a dit de la première session de la Conférence qu'elle avait été une grande confrontation entre le monde développé et le monde en voie de développement, de la deuxième session qu'elle avait été une déception pour le tiers monde. La troisième session doit être le rendez-vous de l'espérance.

Pour qu'il en soit ainsi, il faudra faire l'effort le plus soutenu pour suivre la ligne tracée dans la Déclaration de Lima : la CNUCED doit s'orienter vers l'action et renforcer ses fonctions de négociation. Ce serait une erreur stérile que transformer en "affrontements" les confrontations nécessaires. De ces confrontations doivent naître les bases d'accords concrets qui permettent d'avancer dans la voie de la victoire sur la pauvreté.

Votre haute instance internationale est venue cet après-midi honorer notre Parlement national. Vous croyez, comme nous, à la valeur des principes et à l'aptitude des hommes à dialoguer et à établir un climat de concertation et de progrès collectif.

Votre tâche, qui s'intègre dans un effort incessant pour instaurer un ordre international fondé sur la justice, est aujourd'hui particulièrement spectaculaire. Les hommes du monde entier et, en particulier, les peuples en voie de développement, ont les yeux fixés sur cette Conférence dans laquelle ils ont mis leurs espérances.

Quel degré suprême de la dignité de l'homme faut-il invoquer pour unifier et orienter ce chapitre si dense de l'histoire contemporaine ?

Nous savons par expérience, expérience combien cruelle, "que les dieux de la politique et des nations sont multiples". Nos aspirations et nos vœux attendent de vous que vous établissiez la justice économique internationale à partir de l'idée la plus haute que chacune de vos nations se fait de l'homme et de tous les hommes.

— *Applaudissements.*

— *(Le texte ci-dessus est la traduction du discours prononcé en espagnol par Monsieur le Président du Sénat du Chili).*

El señor MANU MAHOUNGOU (Ministro de Comercio A. I., Presidente de la Delegación del Congo a la Tercera UNCTAD).— Monsieur le Président,

C'est un honneur pour moi de vous remercier, au nom de tous les participants à la Troisième Conférence des Nations

Unies sur le Commerce et le développement, pour votre aimable accueil et pour votre stimulante allocution.

Pendant cinq semaines, notre Conférence va s'efforcer de promouvoir la coopération internationale sur un grand nombre de questions qui sont au premier plan de l'actualité pour tous ceux qui se soucient de réduire les déséquilibres caractérisant le monde contemporain. Ce monde, que les progrès de la technique ont réduit aux modestes dimensions d'un vaisseau spatial, est encore un ensemble incohérent dans la mesure où sa plus grande partie par l'étendue et la population constitue une vaste zone qui participe mal au progrès en question, qui se distingue en tant que Tiers Monde.

Dès les origines de la coopération internationale, il est apparu que la recherche de la paix était tributaire de l'amélioration des conditions de vie et la Charte des Nations Unies est venue donner ses lettres de noblesse à la poursuite des objectifs d'ordre économique et social. La création de la CNUCED constitue un pas décisif dans cette direction peut-on dire, puisque sa vocation est d'intensifier les échanges entre nations en les rendant plus équitables au profit de tous. Un chemin considérable a été parcouru depuis 1964. La plupart des problèmes à résoudre ont été identifiés et élucidés et, par l'étude et la discussion, bien des perspectives de solution ont été dégagées. En 1968, à la Nouvelle-Delhi, notre Deuxième Conférence a été loin de justifier tous les espoirs mis en elle mais elle a donné une impulsion décisive à quelques idées dont certaines se sont depuis cristallisées en schéma d'action. Aujourd'hui, nous abordons une nouvelle étape avec la conviction que la prise de conscience des difficultés auxquelles les pays du Tiers Monde doivent faire face peut être tenue pour acquise, et qu'il s'agit désormais essentiellement de mobiliser mieux qu'on a réussi à le faire jusqu'ici, la volonté politique de réduire ces difficultés.

Notre tâche est difficile. Chaque point

de notre ordre du jour, qui est chargé et complexe, met en cause non seulement des principes mais aussi des intérêts, des avantages acquis, des différences dans la manière de voir les choses et même de concevoir la société. Mais nous devrions être à la hauteur de notre tâche plus que nous ne l'avons été jusqu'ici, je crois. Non seulement parce que nous apprécions mieux l'importance et l'urgence des problèmes du développement mais aussi parce que, comme vous l'avez vous-même indiqué, Monsieur le Président, il est clair que nous avons dépassé le temps de la confrontation. Certes, le monde qui se reflète dans le miroir de la CNUCED, est toujours et plus que jamais, hélas! le monde du contraste entre pays riches en situation dominante et pays pauvres en position périphérique, mais la récente crise monétaire a montré qu'on ne saurait désormais **a'accomoder** d'une scène économique internationale où les uns sont acteurs et les autres spectateurs, où les uns agissent et les autres subissent. Il paraît de plus en plus nettement que, dans notre monde divers et changeant, où tout événement a vite une incidence globale, la notion d'interdépendance l'emporte sur toute autre, la richesse des uns étant illusoire si elle ne contribue pas à la prospérité des autres; la croissance de chacun n'ayant de sens que si elle favorise le développement, l'épanouissement de tous.

Et puis, il y a le Chili. Lorsque l'on dit à Genève qu'il y a lieu de tenir les grandes assises de la CNUCED dans un pays en voie de développement, ceci peut paraître un argument de rhétorique. Mais quand on arrive dans votre pays, quand on prend contact avec son peuple, quand on se trouve en présence de ses entreprises et réalisations, on doit admettre qu'avoir accepté la généreuse hospitalité du Chili nous permet mieux de mesurer et comprendre la fierté et les ambitions du Tiers Monde. Les immeubles qui ont été érigés en un temps record pour les besoins de notre Conférence se comparent

favorablement sur le plan de l'esthétique comme sur le plan fonctionnel avec ce qu'on peut voir de semblable dans les pays avancés après plusieurs années de travaux. De toute évidence, ce n'est pas seulement la volonté des autorités qui est en cause, mais aussi les efforts et l'ardeur des ingénieurs et des ouvriers chiliens, du peuple dont ce Congrès est l'émanation. Que nous soyons reçus ce soir par les élus du peuple, non seulement témoigne des structures démocratiques du Chili, mais aussi nous rappelle qu'aux Nations Unies, c'est également dans un cadre démocratique que nous devons chercher et aboutir dans le domaine économique comme dans le domaine politique. Au stade actuel de l'organisation internationale, l'analogie ne va pas bien plus loin. Alors que vous faites des lois, les Nations Unies ne peuvent guère qu'adopter des résolutions. Mais l'expérience montre que ces résolutions en viennent à constituer un corps de doctrine auquel les gouvernements se réfèrent, dont ils doivent tenir compte. C'est ainsi que les résolutions de la CNUCED ont apporté des éléments essentiels et fixé des objectifs à la Stratégie internationale pour le développement, première du genre, formulée par les Nations Unies pour les années 1970. Puisse cette Troisième Conférence ajouter aux résolutions qui ont déjà débouché sur la prise de mesures concrètes en faveur des pays en voie de développement. Puisse le nom de Santiago évoquer dans l'avenir non seulement la capitale d'un vaillant pays tourné vers l'avenir mais aussi le lieu où la largeur de vues et la générosité auront prévalu suffisamment pour ouvrir de nouvelles perspectives à la coopération internationale pour le développement. C'est dans cet esprit, avec l'encouragement que constitue pour nous l'accueil du Chili, et plus particulièrement celui de votre Congrès, que nous allons nous mettre au travail. Par ma voix et par votre intermédiaire, Monsieur le Président, la Troisième Conférence des Nations Unies sur le commer-

ce et le développement souhaite au peuple du Chili et à ses représentants réunis ici plein succès dans les efforts qu'ils déploient pour atteindre et dépasser les objectifs que la deuxième Décennie des Nations Unies pour le développement a proposé à la communauté des Nations.

Je vous remercie.

—*Applaudissements.*

El señor MANU MAHOUNGOU (Ministro de Comercio A. I., Presidente de la Delegación del Congo a la Tercera UNCTAD).—Señor Presidente:

Es para mí un honor darle las gracias, en nombre de todos los participantes en el tercer período de sesiones de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, por su amable acogida y su alentadora alocución.

Durante cinco semanas nuestra Conferencia tratará de promover la cooperación internacional respecto de un gran número de problemas que ocupan el primer plano de la actualidad para todos aquellos que desean eliminar los desequilibrios que caracterizan al mundo contemporáneo. Este mundo, que los progresos de la técnica han reducido a las modestas dimensiones de una nave espacial, es todavía un conjunto heterogéneo, ya que su mayor parte, tanto desde el punto de vista de la extensión como de la población, constituye una vasta zona que apenas participa en esos progresos y que se distingue como Tercer Mundo.

Desde los orígenes mismos de la cooperación internacional, es evidente que la búsqueda de la paz depende del mejoramiento de las condiciones de vida y que la Carta de las Naciones Unidas ha venido a dar carta de nobleza a los esfuerzos encaminados al logro de objetivos de orden económico y social. Se puede afirmar que la creación de la UNCTAD representa un paso decisivo en esa dirección, puesto que su vocación es intensificar los intercambios entre las naciones y hacerlos más equitativos en beneficio de todos.

Desde 1964 se ha recorrido ya un camino considerable. Se han identificado y dilucidado la mayor parte de los problemas que hay que resolver y aparece ya en perspectiva cierto número de soluciones gracias a una labor de estudio y discusión. En 1968, en Nueva Delhi, el segundo período de sesiones de la Conferencia quedó muy lejos de justificar todas las esperanzas que se habían puesto en él, pero dio un impulso decisivo a ciertas ideas, algunas de las cuales han cristalizado después en planes de acción. Hoy entramos en una nueva etapa con el convencimiento de que hemos adquirido ya plena conciencia de las dificultades con que se enfrentan los países del Tercer Mundo y de que en adelante se trata sobre todo de movilizar mejor de lo que se ha podido hacer hasta aquí la voluntad política de eliminarlas.

Nuestra tarea es difícil. Cada uno de los temas de nuestro programa, recargado y complejo, pone en juego no sólo principios, sino también intereses, ventajas adquiridas, diferencias en el modo de ver las cosas e incluso de concebir la sociedad. Ahora bien, es mi firme opinión que hoy más que nunca debemos mostrarnos a la altura de nuestra tarea. No sólo porque comprendemos mejor la importancia y la urgencia de los problemas del desarrollo, sino también porque, como usted mismo ha dicho, señor Presidente, es evidente que ha pasado ya la época de la confrontación. Es cierto que el mundo que se refleja en el espejo de la UNCTAD sigue siendo —es más que nunca—, por desgracia, el mundo del contraste entre los países ricos en situación dominante y los países pobres en posición periférica; pero la reciente crisis monetaria ha demostrado que no cabe ya aceptar una escena económica internacional en que unos son actores y otros espectadores, en que unos actúan y otros se mantienen pasivos. Se advierte cada vez con mayor claridad que en nuestro mundo diverso y en evolución, en que todo acontecimiento tiene en seguida repercusiones globales,

la noción de interdependencia prevalece sobre todas las demás, ya que la riqueza de los unos es ilusoria si no contribuye a la prosperidad de los otros, y el crecimiento de cada uno no tiene sentido si no se favorece el desarrollo y la prosperidad de todos.

Y luego, está Chile. Cuando se dice en Ginebra que es conveniente celebrar las grandes reuniones de la UNCTAD en un país en desarrollo, ello puede parecer pura retórica. Pero cuando se llega a un país, cuando se entra en contacto con su pueblo, cuando se encuentra uno en presencia de sus empresas y realizaciones, hay que reconocer que, gracias a haber aceptado la generosa hospitalidad de Chile, podemos medir y comprender mejor el orgullo y las ambiciones del Tercer Mundo. Los edificios erigidos con una rapidez sin precedentes para atender a las necesidades de nuestra Conferencia se comparan, favorablemente, tanto en el plano de la estética como en el funcional, con lo que se ve de semejante en los países adelantados después de varios años de trabajo. Es evidente que todo ello se debe no sólo a la voluntad de las autoridades, sino también al esfuerzo y al entusiasmo de los ingenieros y los obreros chilenos, del pueblo del que este Congreso es emanación.

El hecho de que nos reciban esta tarde los representantes elegidos por el pueblo no es sólo testimonio de las estructuras democráticas de Chile sino que, además, nos recuerda que también en las Naciones Unidas, dentro de un marco democrático, debemos buscar y encontrar soluciones tanto en la esfera económica como en la esfera política. En la etapa actual de organización internacional, no es fácil llevar más lejos la analogía. Mientras que ustedes hacen leyes, las Naciones Unidas prácticamente no pueden hacer más que adoptar resoluciones. Sin embargo, la experiencia demuestra que estas resoluciones han venido a constituir un cuerpo de doctrina al que los gobiernos se refieren y que han de tener en cuenta. Las resoluciones de la UNCTAD han aportado así

elementos esenciales y han fijado objetivos para la Estrategia Internacional del Desarrollo, primera en su género, formulada por las Naciones Unidas para el decenio de 1970. Ojalá este tercer período de sesiones de la Conferencia aumente el número de resoluciones que han traído como consecuencia la adopción de medidas concretas a favor de los países en desarrollo. Ojalá el nombre de Santiago llegue a evocar en el porvenir, no sólo la capital de un valeroso país que mira hacia el futuro, sino también un lugar en que la amplitud de miras y la generosidad han prevalecido hasta el punto de abrir nuevas perspectivas a la cooperación internacional para el desarrollo. Vamos, pues, a emprender nuestra labor con este espíritu y alentados por la acogida que nos ha dispensado Chile y en particular su Congreso.

A través de mi voz y por mediación suya, señor Presidente, el tercer período de sesiones de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo desea al pueblo de Chile y a sus representantes aquí reunidos el mayor éxito en los esfuerzos que despliegan para alcanzar y sobrepasar los objetivos que este Segundo Decenio de las Naciones Unidas para el Desarrollo ha propuesto a la comunidad de naciones.

Muchas gracias.

—*Aplausos.*

—*(Esta versión corresponde a la traducción del discurso pronunciado en francés por el señor Presidente de la Delegación del Congo a la UNCTAD III).*

Mr. MANU MAHOUNGOU.—Mr. President, it is an honour for me to thank you, on behalf of all participants in the Third United Nations Conference on Trade and Development, for your kind welcome and your encouraging address.

For five weeks, our Conference will be trying to promote international co-operation on a large number of questions of major urgency for all those who are anxious to reduce the imbalances which are

characteristic of the modern world. This world, with technological advances have shrunk to the modest dimensions of a space-craft, is still an incoherent whole in the sense that the largest part of it—in terms both of geographical extent and population—is a vast area which enjoys little of the benefits of this progress, and which is known as the Third World.

Since the very origin of international co-operation, it has been obvious that the search for peace is dependent on the improvement of living conditions; and the United Nations Charter has given the accolade to the pursuit of economic and social objectives. The establishment of UNCTAD is, one may say, a decisive step in this direction, since the purpose of UNCTAD is to intensify trade between nations, by making it more equitable for the benefit of all. Much ground has been covered since 1964. Most of the problems to be solved have been identified and clarified and, as a result of studies and discussions, there are now prospects for solving many of them. In 1968, at New Delhi, our second Conference fell far short of justifying all the hopes which were placed in it; but it did give a decisive impetus to certain ideas, some of which have since been crystallized in plans of action. Today, we are starting on a new stage, convinced that the necessary awareness of the difficulties confronting the countries of the Third World now exists, and that what we must do now essentially is to mobilize—better than we have done in the past—the political will to reduce these difficulties.

Our task is difficult. Each item on our agenda, which is heavy and complex, touches not only upon principles but also upon acquired interests and advantages, on differences in attitude and even differences in ideas of society. But we shall, I believe, be able to deal with our task more satisfactorily than we have done in the past. Not only because we appreciate better the importance and urgency of

development problems but also because, as you yourself have stated, Mr. President, it is clear that the time of confrontation is past. It is true that the world which is reflected in the UNCTAD mirror is still—and, unfortunately, more than ever—a world of contrast between rich countries in a dominating position and poor countries in a peripheral position; but the recent monetary crisis has shown that we can no longer tolerate an international economic scene in which some countries are players and the others merely the audience, in which some take action and the others have to submit. It is becoming increasingly clear that, in our varied and changing world which every event soon has global effects, the notion of interdependence is more important than any other, since the wealth of some countries is illusory if it does not contribute to the prosperity of others, and the growth of each country is meaningless unless it promotes the development and prosperity of all.

And then, there is Chile. When people say at Geneva that the major meetings of UNCTAD should be held in developing country, this may seem to be a rhetorical statement. But when we come to your country, when we meet its people, when we see its undertakings and its achievements, we must admit that acceptance of the generous hospitality offered by Chile is helping us better to measure and understand the pride and ambitions of the Third World. The buildings which have been put up in record time for our Conference compare favourably—both esthetically and functionally—with similar buildings in the advanced countries which have been completed after several years of work. This is due, obviously, not only to the will of the authorities but also to the efforts and the enthusiasm of Chilean engineers and workers, and of the people represented in this Congress. The fact that we are being received this evening by the elected representatives of

the people is not only evidence of the democratic structures of Chile, but it also reminds us that in the United Nations, too it is in a democratic framework that we have to seek and arrive at solutions in the economic, as in the political field. At the present stage of international organization, the analogy cannot be taken very much further. While you make laws, the United Nations can do little more than adopt resolutions. But experience shows that these resolutions are coming to constitute a corpus of doctrine to which Governments refer and which they have to take into account. For example, the resolutions of UNCTAD have provided the essential elements and determined the objectives for the International Development Strategy —the first of its kind— formulated by the United Nations for the 1970s. May this Third Conference add to the resolutions which have already resulted in concrete measures on behalf of the developing countries. May the name of Santiago remind us in future not only

of the capital of a valiant country which is looking towards the future, but also of a place where breadth of vision and generosity will have prevailed enough to open up new prospects for international co-operation for development. It is in this spirit, encouraged by Chile's welcome and particularly by the welcome given us by your Congress, that we shall now proceed to our work. Through you, Mr. President, the Third United Nations Conference on Trade and Development wishes the people of Chile, and its representatives meeting here, every success in the efforts they are making to reach and surpass the objectives which the Second United Nations Development Decade has set for the community of nations.

El señor AYLWIN (Presidente del Senado).—Se levanta la sesión.

Dr. Raúl Valenzuela García,
Jefe de la Redacción del Senado.